noscible, y el seguir insistiendo en el mismo aserto en varios lugares que se siguen al de la página 90, al grado de hablar de él en la página 125, como de un principio ya sentado, es completamente malicioso, y demuestra el empeño que tiene el autor en infundir á toda costa su panteismo.

Confírmase lo dicho: porque si, según Spencer, es ilegítimo inferir del conocimiento de los modos y atributos de un objeto, conocidos directamente por la experiencia, el conocimiento de la naturaleza de ese objeto; sino que debe decirse con toda seguridad, que tal naturaleza es incognoscible, con mas razón lo es, aplicar á una cosa que ó debe decirse absolutamente incognoscible, ó sólo se tiene de ella una conciencia indefinida, como dice Spencer, de la realidad absoluta, (1) los atributos ó modos que deben convenirle, como son esas manifestaciones de que se trata. Y ¿qué deberemos juzgar de la maliciosa introducción del principio de que nos ocupamos, cuando en unas partes, como en el pasage de la página 90, parece inculcarse simplemente la fusión ó identificación de las realidades incognoscibles, y en otras, como en el capítulo III de la segunda parte, se nos dice claramente, no ya que eso que se oculta tras las realidades que llama relativas, sea una misma cosa con la realidad absoluta incognoscible, sino que la misma realidad absoluta es un modo de lo incognoscible? (2) Y las realidades relativas observadas, ¿no son modos de las realidades que tras de ellas se ocultan, cuando estas, con ser el apoyo de las primeras, son apenas modos, de la realidad incognoscible? y ¿ésta otra, de cual otra es modo? ¡Oh fábrica infinita de realidades y modos!

Mas, Sr. profesor, como quiera que la fuerza ó poder incognoscible, esa fuerza incondicionada, es la realidad absoluta; y la realidad oculta tras la materia relativa la

(1) Pág. 141, lín. últ.
(2) Pág 141, lín últ.

llamais realidad absoluta y modo de lo incognoscible; y ese espacio, que oculto tras el espacio relativo, creeis que debería llamarse absoluto, y por eso preguntais si existe, aunque quizá con todo estudio contestais que eso no tiene respuesta; esa realidad, digo, oculta tras el espacio, es tambien modo de lo incognoscible: la realidad oculta tras el tiempo que deberá llamarse tambien absoluta, es tambien modo de lo incognoscible; pues del tiempo asegurais que debe discurrirse como del espacio: de la realidad oculta tras el movimiento, que según vos, implica los conceptos de espacio, tiempo y materia, deberá decirse lo mismo por análoga razón. Luego, según esto, hay muchas realidades absolutas, una, causa primera, y las demás, modos de la primera y efectos suyos; ó si no hay mas que una realidad absoluta ¿es ella, causa y efecto de sí misma? ¿es modo de sí misma? *Ergo ut ante.*

Después de hablar de la materia, pregunta el autor; «si tal es nuestro conocimiento de la realidad relativa [hablando de la materia] ¿qué diremos de la absoluta? Una sola cosa responde, que es un modo de lo incognoscible, unido á la materia por la relación de causa á efecto.» (1) Al leer estas palabras, me recordaba de aquella graciosa respuesta que había oido muchas veces á los chicos de escuela cuando alguno de ellos pegaba algún golpe á otro, este decía, no fuí yo, fué mi mano; ¿conque la causa de la materia es un modo de lo incognoscible? decid de una vez, claro, como debeis, que lo incognoscible es causa de la materia, y vos mismo nos habréis dado la doctrina de la creación, que tanto os repugna, tal como la profesan los ilusos escolásticos.

Que el profesor de la Filosofía Natural llame á la causa de la materia, un modo de lo incognoscible; mas, como quiera que ello sea, es evidente que Sir Spencer no se refiere á la causa de las modificaciones accidentales

(1) Pág. 146, lín. últ.

de la materia; (de los cuerpos diría un escolástico,) ni tampoco se refiere á la causa que determina á la materia para constituir cuerpos de tal ó tal naturaleza; sino que se refiere á la causa de la materia considerada en general en cuanto al sér real que le corresponde, Y así, la causa de la materia considerada bajo un concepto tan universal, no puede ser otra mas que la causa de su sér, es decir: la causa creadora.

A la verdad, cuando el positivista inglés reconoce la causa de la materia, tal como lo hemos notado, se conforma con lo que los escolásticos acaudillados por su Maestro, piensan tambien acerca de la creación de la materia. Y solo por esta conformidad, me permito citar aquí las palabras del Dr. de las escuelas: (1) «Hoc igitur quod est causa rerum, in quantum sunt entia, oportet esse causam rerum non solum secundum quod sunt talia per formas accidentales, nec secundum quod sunt haec per formas substantiales, sed etiam secundum omne illud quad pertinent ad esse illorum quocumque modo.» «En consecuencia, lo que es causa de las cosas por razón del sér que tienen, debe serlo, no solamente en cuanto á los cambios accidentales que sufren, ni solamente por razón de concretarse á determinada naturaleza; sino en cuanto á todo lo que pertenece al sér de las cosas de cualquiera manera.»

Si, pues, la aserción del defensor de la Filosofía natural, está de acuerdo con el discurso precedente del Dr. Angélico, no debe ser extraña al profesor positivista la conclusión que deduce el autor de la Suma Teológica, y es así: «Et sic oportet ponere etiam materiam primam creatam ab universali causa entium.» «Es, pues, necesario concluir: que la materia, aun prescindiendo de toda modificación y determinación, ha sido creada por la causa universal de todas las cosas.»

Reasumamos todo lo dicho respecto de los principios

(1) 1ª part. Suma Teol. c. 44, art. 2° 0.

de la filosofía spenceriana.

En primer lugar: es absolutamente injustificable el procedimiento de Spencer, de establecer los juicios primordiales dotados de una certidumbre provisional, para fundar la de todos los juicios ulteriores. En segundo lugar: además de que un principio recibido de la autoridad, no puede ser de aquellos que sirven de base á la Filosofía; ni Spencer, ni ninguno de los demás profesores de la filosofía natural pueden tenerse por legítima autoridad para imponerse á las humanas mentes. No tienen, pues, derecho, solo por su autoridad de filósofos, para exigir nuestra adhesión al principio de la Persistencia de la fuerza. En tercer lugar: al exponer este principio nuestro filósofo se alista en el ateismo, aunque no lo dice; por desgracia (para él) sus doctrinas le traicionan como siempre. En cuarto lugar: por el principio de la indestructibilidad de la materia, vuelve á ser eminentemente ateo y descarado materialista. En quinto lugar: por el principio de que todas las cosas son manifestaciones de lo incognoscible, es un excelente panteista.

Concluyamos, que la definición de la filosofía spenceriana no es buena, y que aquellos puntos de donde es preciso tomar las doctrinas necesarias para exponer tal definición, y para precisar la naturaleza del sistema filosófico de Spencer, son un laberinto de contradicciones.

Permitidme hacer aquí una declaración. Me había determinado proponer como un ejemplo de la inconsecuencia, inconstancia y audacia del gran filósofo, la crítica que hace de las doctrinas sobre el origen del Universo; mas viendo que crecian mucho las proporciones del estudio que me propuse hacer, á fin de exponerlo delante de vosotros en la presente ocasión, prescindí con pesar de este intento. Y digo con pesar, porque si bien es cierto, que no se puede decir que se contradiga menos en este asunto, quizá pudiéramos decir que se contradice más. Le veriamos refutando los tres sistemas que allí examina, cuando el suyo es también uno de ellos,

y aun es realmente una monstruosa combinación de dos. ¡Qué refutación! mucho siento que me falte ahora el tiempo necesario para examinarla. Mas ved como concluye la cuestión sobre la naturaleza del Universo, (1) dice: «que es imposible considerar la causa primera como finita, que ha de ser infinita; (2)que la causa primera debe ser independiente, y que esto es una conclusión inevitable; en fin, concluye, que la causa primera debe ser absoluta é infinitamente perfecta, completa, total, omnipotente, superior á toda ley.» Preparémonos para la refutación de todas estas conclusiones. (3) «Si no temiéramos cansar inútilmente la paciencia del lector, fácil nos sería probar que los elementos de esos raciocinios, lo mismo que sus conclusiones, no son sino conceptos simbólicos del orden ilegítimo,» dice el terrible filósofo.

¿No es verdad que ya adivinais una excelente demostración? y le sería fácil darla; pero le detiene el temor de impacientar al lector: aun es todavía mas curioso lo que sigue inmediatamente: «Pero en vez de repetir la refutación empleada anteriormente, vamos á seguir otro método.» Conque, según le hemos oido decir, todavía no prueba, pues le sería fácil; y al mismo tiempo supone que ya probó; pero que no ha de repetir la demostración dada, sino que va á seguir otro método. La primera vez que leí este pasage os confieso haberme impacientado, pero no por el motivo que teme el autor; sino precisamente por no haber encontrado ninguna demostración; mas después, cuantas veces lo volvía á leer, me reía de muy buena gana.

Concluyamos finalmente, que una filosofía que se contradice constantemente, una filosofía inconsecuente y temeraria, no puede ser la verdadera filosofía; ¡cuán lejos está de sustituir á una filosofía, cuyos principios son

(1) Pág. 37, lín. 2.
(2) Lín. 4.
(3) Lín. 32.

irrecusables por ser conocidos por la luz de la razón, cuya virtuosa lógica es proverbial, y por cuya constancia en sus dogmas, ha echado profundas raices en las escuelas, llamándose por esto «Escolástica;» y que aun hoy día no cedería un paso en sus enseñanzas, ante la vociferación de los modernos filósofos. Mas esta inflexibilidad, no es la de un sistema refractario de la verdad, sería esta su más degradante nota; es, por el contrario, la inquebrantable rigidéz de la verdad misma; pues es un hecho que ha permanecido inalterable ante los ataques de sus enemigos. ¡Gloria, pues, á esa escuela, que cuenta entre sus primeros doctores al filósofo de Estagira, y en la época de su más grande perfeccionamiento, al Angel de las escuelas, que arrancó con su privilegiado ingenio los secretos de la filosofía aristotélica, de que Alejandro el Grande se mostraba tan celoso en una carta familiar dirigida á su maestro; (1) é ilustró con luz inextinguible aquellos misterios que Aristóteles declaraba al hijo de Filipo haber quedado ocultos aun después de la publicación de sus libros de Metafísica! ¡Gloria al inmortal Dr. Sollano, primer Obispo de esta Diócesis, que como astro brillantísimo despidió de sí tan intensos fulgores por su ciencia y santidad, que no desaparecen aún de nuestro horizonte! ¡Gloria al grande Estagirita de nuestra escuela de León, cuyas enseñanzas tuve la dicha de oir, y cuyo espíritu vive en nuestro Seminario, para mantener con su soplo la existencia de esa llama sagrada, que veo con placer anima aún á nuestros escolares!

Seguid, jóvenes, cultivando esa filosofía que ha dado al mundo de las letras, los más grandes héroes del saber humano.

He dicho.

(1) Plutarco, vida de Alejandro.

004800

004